



Capítulo 144 - Quinto Rey Demonio

—Teniendo en cuenta que tu vida es corta, probablemente seas un demonio recién nacido —comentó Samael, analizando a Vergil de pies a cabeza.

—Debo admitir que Lilith hizo un buen trabajo... —continuó Samael, rodeando a Vergil como un estilista, un enfoque que Vergil nunca imaginó, especialmente viniendo del hombre que una vez fue casi un Dios de la Guerra.

"De todos modos, parece que la Energía Negativa funciona de maneras misteriosas", dijo Samael, deteniéndose frente a Vergil, quien lo había estado mirando todo el tiempo.

Vergil se cruzó de brazos y entrecerró los ojos. "¿Qué haces aquí? ¿Un ángel, o lo que queda de uno, dentro de una parte de mi alma?"

Samael suspiró, como si llevara el peso de milenios sobre sus hombros.

Ni siquiera debería existir. Solo soy un eco. El recuerdo de una versión de mí mismo, antes de que todo se derrumbara. Cuando nació el Lucifer que el mundo conocía, aplastó la luz que yo era, dejando solo la oscuridad para gobernar.

Vergil observaba en silencio, sintiendo el peso de las palabras. Un ser que una vez fue la encarnación de la luz y el equilibrio, ahora no era más que un recuerdo atrapado en un alma que lo había convocado sin querer.

—Pero ¿por qué te me apareciste? —preguntó Virgilio con voz firme pero curiosa.





Samael lo miró fijamente, como si no solo mirara a Vergil, sino más allá de él. "No lo sé. Pero parece que la Energía Negativa quiere que haga algo", dijo Samael con un suspiro.

Entonces, los ojos de Samael brillaron repentinamente con una luz dorada. «Ah... Entiendo...», dijo, y con un gesto, invocó algo. Una runa roja llena de runas aún más intrincadas... Algo realmente...

—Toma, es para ti —dijo Samael, entregándoselo a Vergil de repente, lo que provocó que este retrocediera sorprendido.

Vergil frunció el ceño y retrocedió instintivamente mientras observaba la runa brillante en la mano de Samael. La luz roja latía como un corazón vivo, y las intrincadas marcas parecían moverse lentamente, como serpientes deslizándose por su superficie.

"¿Qué demonios es esto?" preguntó Vergil, con su desconfianza evidente en su voz.

Samael extendió la runa un poco más, y el resplandor le iluminó el rostro con un tono carmesí. «No temas, esto no es una maldición ni una carga. Es... un regalo, o quizás un fragmento de lo que queda de mí».

Vergil entrecerró los ojos. "¿Crees que soy idiota? Una parte de ti no suena para nada confiable. ¿Olvidaste quién fue a la guerra e intentó destruir el mundo?"

Samael dejó escapar un suspiro cansado, pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios. "Esperaba esa reacción. Bueno, querías mi nombre, ¿verdad? Aquí está, mi nombre."





"¿Qué?" Vergil se quedó sin palabras.

Samael sonrió con serenidad, como si la confusión y la sorpresa en el rostro de Vergil fueran justo lo que había anticipado. "Sí, muchacho. Querías un nombre con peso, un nombre que sacudiera el mundo con solo pronunciarlo. Pues bien... aquí está."

Vergil frunció el ceño, con los engranajes de su mente funcionando a toda máquina. "¿Quieres decir que esta runa lleva tu nombre original?"

Samael asintió lentamente, con sus ojos dorados clavados en los de Vergil como si analizara lo más profundo de sus pensamientos. «Mi nombre es más que un título. Es un símbolo. Una carga... y una promesa. No era solo un demonio. Fui quien trajo la luz y, finalmente, la oscuridad. El nombre Lucifer es el puente entre estos dos extremos, y ahora... es tuyo, si tienes el valor de llevarlo».

Vergil abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar, incapaz de encontrar las palabras. Todo esto era absurdo, incluso ridículo... pero al mismo tiempo, tenía un extraño sentido. La runa aún latía en su mano, como si estuviera viva, llamándolo, susurrándole promesas que no podía oír, pero sí sentir.

—A ver si lo entiendo —dijo Vergil finalmente, rompiendo el silencio opresivo—. Me das esta runa, que lleva tu nombre, y yo... ¿qué? ¿Me convierto en una extensión tuya? ¿En un sustituto? ¿En el nuevo Lucifer? Porque, para mí, esto huele a trampa.

Samael volvió a sonreír, esta vez más ampliamente, como si realmente le divirtiera. «Aún no lo entiendes, Vergil. No quiero un sustituto. Quiero un sucesor. Alguien que haga algo con el nombre que no pude llevar. Lo que hagas con él, o en quién te conviertas gracias a él, es solo tu decisión. Yo solo soy... el portador de la antorcha, transmitiéndola».





Vergil miró la runa en su mano. Era como si el universo mismo lo provocara, poniendo en su camino una decisión que no podía ignorar.

—Bueno, considerando que ya tienes mi sangre, probablemente nada cambie. De todos modos, ya eras parte de mi linaje —dijo Samael de repente, encogiéndose de hombros.

"¿Qué?" Vergil lo miró, dándose cuenta. "¡Maldita sea! ¡Ahora sí que tiene sentido!", gritó de repente.

"Ah, así que sabías algo después de todo...", comentó Samael. "Bueno, esta parte de mi memoria se ha perdido, así que no tengo muchos detalles, pero definitivamente eres descendiente directo", dijo. "Por eso podemos comunicarnos. En verdad, el destino tiene sus elegidos", continuó Samael.

—Bueno, de todas formas, se me acaba el tiempo. Cuídate, chico. Probablemente no nos volvamos a ver —dijo Samael, empezando a desaparecer en pequeños destellos de luz.

—Espera, ¿qué hago con esto? —preguntó Vergil, mirando la runa flotante como un pentagrama macabro.

"Solo ponlo en algún lugar, ya está en tu alma, no importa", dijo Samael, agitando la mano. "¡Hasta la próxima, niño!", dijo, desapareciendo de repente...

Vergil miró fijamente la runa flotante en su mano, mientras su mente aún procesaba todo lo que acababa de suceder. «Tengo un serio problema con el universo», murmuró, dejando escapar un suspiro.





"Maldición...", murmuró para sí mismo, agarrando la runa en la mano. "Ahora tiene sentido... El otro linaje era el de Lucifer... Pero, ¿quién...?" Sintió el calor creciente de la runa, como si algo se conectara con su alma.

"Mi padre era demasiado débil para ser un demonio... y era demasiado justo... Tengo pocos recuerdos, pero estoy seguro de que nunca le pasó nada extraño..." murmuró, mirando el malévolos santuario.

"¿Dónde pongo esto..." murmuró Vergil, escudriñando los posibles lugares... Hasta que miró al cielo... como si fuera instintivo...

"Si este mundo está dentro de mi alma, entonces el cielo debe ser la barrera de mi alma... pero si mi cuerpo y mi alma son uno..." Vergil sonrió de repente y luego lanzó la runa directamente hacia el cielo.

En el instante en que tocó el "cielo", el espacio a su alrededor pareció latir. El aire alrededor de Vergil vibró con una energía intensa, como si su alma se estuviera adaptando a una nueva realidad.



El santuario maligno comenzó a temblar levemente, y Vergil sintió una oleada de calor que lo recorrió, como si su propia esencia se alterara. La runa se fusionó con el cielo, y una explosión de luz dorada envolvió el entorno por un instante, cegando todo a su alrededor. Cuando la luz se disipó, una extraña y poderosa sensación se apoderó de Vergil. Sintió que algo en su alma había cambiado para siempre.

"Sí... esto es", murmuró Vergil, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro. No sabía exactamente qué había hecho, pero sentía una profunda conexión con el momento. Algo se estaba estabilizando, algo en su interior finalmente se estaba dando cuenta.



El cielo, ahora más brillante, parecía diferente. Como si el espacio sobre él fuera una extensión de su alma. Se sentía más fuerte, más completo. La runa que había lanzado ahora parecía formar parte de su esencia, una extensión de lo que representaba.

"Ahora... soy quien debía ser", dijo Vergil en voz baja, mientras una sensación de poder y plenitud llenaba su ser.

El santuario que lo rodeaba comenzó a reorganizarse, su estructura flotante y etérea se amoldó a su nueva identidad. Ya no era un simple demonio, sino algo mucho más grande. Un linaje comenzaba a formarse, quizás un nuevo imperio. Pero, sobre todo, él era el único al mando.

"A ver qué tal va esto...", se dijo Vergil, con renovada confianza. "Ahora, mejor me voy."

De repente, Vergil abrió los ojos nuevamente al Mundo Demonio en el momento en que Amon terminó el ritual, o lo que fuera que había estado haciendo.

Vergil parpadeó varias veces, sus ojos aún adaptándose a la luz del Mundo Démonico, mientras sentía la vibración que aún recorría su alma. El aire a su alrededor se sentía diferente, más denso y lleno de energía. Sabía que algo en su interior había cambiado, pero aún no comprendía del todo sus implicaciones. Sin embargo, una cosa era segura: había dado el primer paso hacia algo más grande.

Amon estaba de pie frente a él, terminando un ritual que parecía haberse llevado a cabo con calma e inquebrantable precisión, pero al darse cuenta de que Vergil había regresado, el demonio mayor arqueó una ceja. "Interesante...", murmuró Amon, observando a Vergil con una mirada de aprobación. "Así que lo lograste. Empezaba a pensar que te perdería por culpa de tu propio ego."





Vergil, ya cansado de todo lo sucedido y con la paciencia al límite, dejó escapar un profundo suspiro. Miró a Amon con los ojos entornados, claramente desinteresado. "¿Va a tardar mucho? Estoy harto. Termínalo ya".

Amon, aparentemente imperturbable ante la actitud de Vergil, esbozó una sonrisa irónica, manteniendo la compostura.

"Claro, claro...", respondió Amon con sarcasmo, antes de volverse hacia los demonios reunidos. Su postura adquirió solemnidad al empezar a hablar.

Levantó la mano y abrió un círculo mágico rojo. Luego proclamó, con su imponente voz resonando por la sala: «Yo, Amón, declaro que hoy... el Inframundo presencia el ascenso de un nuevo Rey. El Quinto Rey Demonio, Virgilio Lucifer».

Todo el mundo lo oyó... Absolutamente todas las almas que vivían en el Inframundo lo oyeron... Sí... Ahora todos lo sabían...

